

inhospitalarias de Damasco; jamas transicion fué mas rápida ni mas dulce; resolvimos pasar el domingo entre aquellas buenas gentes y descansar un dia de nuestras largas fatigas.

Dia pasado en Hamana; el jeque y el mercado del pueblo nos suministran abundantes provisiones; las mugeres de Hamana vienen á visitarnos todo el dia; son infinitamente menos hermosas que las Sirias de las orillas del mar: — esta es la raza maronita pura; todas parecen fuertes y sanas, pero tienen las facciones demasiado marcadas, el ojo un poco duro, la tez demasiado colorada; su trage es un pantalon blanco y encima un vestido largo de paño azul, abierto por delante y que deja el pecho desnudo; collares de innumerables piastras les penden al rededor del cuello, sobre la garganta y por las espaldas. Las mugeres casadas completan este trage con un cuerno de plata de sobre un pie y á veces pie y medio de largo, que hincan encima de sus cabellos trenzados y que se eleva sobre su frente un poco oblicuamente. Este cuerno esculpido y cincelado, está cubierto con un velo de muselina que cuelga de él, y con el que suelen taparse la cara; nunca se quitan este cuerno ni aun para dormir. Este extravagante uso, cuyo origen no puede buscarse sino en las aberraciones del entendimiento humano, las desfigura y afea to-

dos los movimientos de la cabeza y del cuello.



9 de abril.

Salimos de Hamana á las cinco de la mañana con un tiempo muy nebuloso. Caminamos dos horas por unas ásperas y peladas vertientes de las altas crestas del Líbano que descienden hácia las llanuras de la Siria. El valle que dejamos á la derecha se va ensanchando cada vez mas, hasta llegar á tener sobre unas dos leguas de anchura y una por lo menos de profundidad. Las trasparentes olas de los vapores de la mañana circulan blandamente sobre su horizonte, y no dejan pasar encima de ellas mas que las altas cimas de los montes, las copas de los cipreses y algunas torres de aldeas y de monasterios maronitas; pero pronto la brisa marina que se alza y sube insensiblemente con el sol, desarrolla lentamente todas aquellas olas de vapores y las repliega en blancas velas que van á confundirse con las cimas de nieve sobre las cuales forman ligeras manchas grises. El valle aparece todo entero. ¿Porqué no tiene el ojo un language que pinte con una sola palabra como ve con una sola mirada? Yo quisiera conservar eternamente en mi memoria las

escenas y las impresiones incomparables del valle de Hamana. Estoy encima de uno de los mil torrentes que surcan sus laderas con su blanca espuma, y van, por entre los peñascos, las praderas suspendidas, los troncos de cipreses, las ramas de abedules, las vides silvestres y los negros algarrobos, á deslizarse hasta el fondo del valle y á unirse con el rio central que le sigue en toda su longitud. El valle es tan profundo que no veo su fondo; solamente oigo subir de cuando en cuando los mil zumbidos de sus aguas y de sus enramadas, los balidos de sus rebaños, los lejanos y argentinos tañidos de las campanas de sus monasterios. La sombra de la mañana está todavía en el fondo de la garganta donde arrastra sus aguas el torrente principal; de trecho en trecho, al torcer algunos collados, veo la blanca línea de espuma que traza en aquella sombra oscura. Del mismo lado del valle en que estamos, veo subir á un cuarto de legua de distancia unas de otras, tres ó cuatro anchas mesetas semejantes á pedestales naturales; sus laderas parecen tajadas perpendicularmente y son de granito parduzco. Esas mesetas, de media legua de circuito, estan enteramente cubiertas de cedros y de pinares; se distinguen los corpulentos y airosos troncos de estos árboles, entre los cuales circula la luz de la mañana. Sus negros é inmóviles follages es-

tán interrumpidos de trecho en trecho por las leves columnas de humo azul de las cabañas de los labradores maronitas, y por los arcos diagonales de piedra donde está suspendida la campana de las aldeas. Dos espaciosos monasterios, cuyas tapias brillan como cobre, se estienden sobre dos de aquellas mesetas cubiertas de pinares; parecen fortalezas de la edad media. Vense, al pie de los conventos, varios monges maronitas, con sus capuchas negras, cavando entre las cepas y los castaños. Dos ó tres aldeas, agrupadas al rededor de los peñascos, se alzan mas abajo como colmenas al rededor de los troncos de añosos árboles. Al lado de cada cabaña se alzan algunas masas de verdura mas pálida, que son los granados, las higueras ó los olivos, que empiezan á fructificar en aquel escalon del valle; la vista se pierde en la impenetrable sombra del fondo de la garganta: si pasa por cima de aquella sombra y se eleva sobre la opuesta ladera de las montañas, ve, en algunas partes, paredes perpendiculares de roca granítica que se lanzan hasta las nubes. Encima de estas paredes, que parecen almenadas por la naturaleza, ve mesetas cubiertas de la mas espléndida vegetacion, cimas de pinos pendientes sobre los realces de aquellos abismos, inmensas copas de sicomoros que forman grandes manchas en el cielo, y detras de aquellas al-

menas de vegetacion, nuevos campanarios de aldeas y monasterios cuyo acceso no se puede adivinar. En otros sitios, las laderas de granito de las montañas presentan grandes roturas por donde la mirada se pierde en la sombra de los bosques, y no distingue, aquí y allí, mas que puntos luminosos y móviles que son los cauces de los torrentes y los pequeños lagos de los manantiales. En otras partes, los peñascos cesan de repente; inmensos bastiones redondeados los flanquean como fortificaciones eternas y rematan sus ángulos en cubos y torreones. Altos valles, y que el ojo sondea apenas, se abren y se internan entre las paredes de nieve y de selvas; allí descende el principal torrente de Hamana, que se ve chorrear primero como una gotera del vasto techo de nieve, luego perderse en el sonoro pilon de las cascadas, donde se divide en siete ú ocho espléndidos ramales, luego desaparecer detras de los riscos y de los collados negruzcos, luego volver á aparecer formando una sola cinta de espuma que se arrolla y se despliega á merced de los movimientos del suelo por las lentas ó rápidas pendientes de sus colinas; al fin se interna en el valle principal y cae á él en una cascada de cien pasos de anchura y de doscientos pies de elevacion. Su espuma, que salta y que el viento impele de un lado á otro, cubre de flotantes arcos-iris

las cimas de los anchos pinos que ciñen aquella cascada. — A mi izquierda, el valle, bajando hacia las orillas del mar, se ensancha y presenta á los ojos las faldas de sus colinas mas frondosas y mas cultivadas; su rio serpentea entre montes coronados de monasterios y de aldeas. Mas lejos, las palmeras de la llanura elevan, detras de las colinas bajas de olivos, sus penachos de una verdura amarillenta, y cortan la larga linea de arena dorada que limita el mar. La mirada va á perderse en fin en una lontananza indecisa entre el cielo y las olas. No son menos bellos los pormenores de este mágico conjunto que el conjunto en general. A cada recodo de los peñascos, á cada cima de las colinas adonde le lleva á uno el sendero, se halla un horizonte nuevo donde las aguas, los árboles, el peñasco, las ruinas de puentes ó de acueductos, las nieves, el mar ó la arena de fuego del desierto, engastados, por decirlo así, de un modo inesperado, arrancan una exclamacion de sorpresa, y lo deslumbran á uno. He visto á Nápoles y sus islas, los valles de los Apeninos y los de los Alpes, de Saboya y de Suiza, pero el valle de Hamana y algunos otros del Líbano eclipsan todos aquellos recuerdos. La enormidad de las masas de peñascos, las repetidas cascadas, la pureza y la profundidad del cielo, el horizonte de los vastos mares, lo pintores-

co de las líneas de las aldeas y de los conventos maronitas, suspendidos como nidos de hombres á alturas á que apenas alcanza la vista, en fin la novedad, la estrañeza, el color ya negro, ya pálido de la vegetacion, la magestad de los copudos árboles, algunos troncos de los cuales parecen columnas de granito; todo esto dibuja, colora, solemniza el paisage, y arroba el alma mas profunda y religiosamente que los mismos Alpes. — Todo paisage donde no entra el mar por elemento no es completo. — Aquí el mar, el desierto, el cielo, son el magestuoso marco del cuadro, y el ojo encantado pasa sin cesar del fondo de las selvas seculares, de la orilla de las umbrosas fuentes, de la cima de los picos aereos, de las sosegadas escenas de la vida moral ó cenobítica, al espacio azul surcado por los bajeles, á las cimas de nieve perdidas en el eter junto á las estrellas, ó á las amarillas y doradas olas del desierto, donde las caravanas describen á lo lejos sus ondulosas líneas. ¡ De este incesante contraste nacen el choque de los pensamientos y las solemnes impresiones que hacen del Líbano montañas de oracion, de poesía y de arrobamientos!

.....

La misma fecha.

A mediodia, nos acampamos bajo nuestras tiendas á media altura del Líbano, para dejar pasar el ardor del dia. Me traen un correo árabe que iba á buscarme á Damasco, y me entrega un paquete de cartas de Europa que me anuncian mi nombramiento para la cámara de diputados: — nueva afliccion añadida á tantas otras. Desgraciadamente he deseado esta mision en otra época y solicitado una confianza que no puedo, sin ingratitud, renunciar hoy. Iré; pero ¡cuanto desearia ahora que pasase ese caliz lejos de mí! Ya no tengo porvenir personal en ese drama del mundo político y social, cuya principal escena está en nuestro pais. No tengo ninguna de esas pasiones de gloria, de ambicion ó de dinero, que son la fuerza impulsiva de los hombres políticos; el único interés que llevaré á aquellas apasionadas discusiones será el de la patria y la humanidad. La patria y la humanidad son seres abstractos para hombres que quieren poseer la hora presente, y hacer triunfar, á todo trance, intereses de familia, de casta ó de partido. ¿Qué es la voz serena é imparcial de la filosofía en el

tumulto de los hechos que se mezclan y se combaten? ¿ Quien ve el porvenir y su horizonte sin límites detras del polvo de la lucha actual! No importa; el hombre no elige ni su camino, ni su obra; Dios le da su carga por las circunstancias y por sus convicciones. ¡ Es preciso aceptarla!... pero no preveo para mí mas que un martirio moral en la dolorosa faena que hoy me impone. Yo nací para la accion; la poesía no ha sido en mí mas que accion repelida; he sentido, he espedido ideas y sentimientos, en la impotencia de obrar; pero en el dia ya no me llama la accion. ¡ He ahondado demasiado las cosas humanas para no comprender su sentido! He perdido demasiados seres á quienes podia responder mi vida activa, para no estar disgustado de toda personalidad en la accion! Una vida de contemplacion, de filosofía, de poesía y de soledad, seria el único lecho donde podria reposar mi corazon, antes de quebrantarse enteramente.

.....

VUELTA A BERUT,

Y PARTIDA PARA LOS CEDROS DE SALOMON.

40 de abril, 1855.

Ayer llegamos aquí. Pasamos dos horas en el convento franciscano, junto á la sepultura donde he enterrado todo mi porvenir. El bergantin el *Alceste*, que debe llevar á Francia estas queridas reliquias, no hallegado aun; hoy he fletado otro bergantin para nosotros. ¡ Navegaremos de conserva, pero la madre, á lo menos, no se hallará en la estancia en que vaya el cuerpo de su hija! Mientras disponen lo necesario para el trasporte de tan gran número de pasajeros al bergantin del capitán Coulonne, iremos á visitar el Kesrouan, Trípoli de Siria, Latakié, Antioquia y los cedros del Líbano, en las últimas cumbres de las montañas, detras de Trípoli. He recibido esta mañana las numerosas visitas de todos nuestros amigos de Berut. El gobernador, príncipe maronita; Habib-Bárbara, nuestro vecino de campo, que nos ha mostrado desde nuestra llegada,

y sobre todo desde nuestra desgracia, el corazón de un verdadero amigo; el señor Bianco, el consul de Cerdeña, y el señor Borda, joven y amable Piamontés, agregado al consulado religioso, por una suerte estraña, en los desiertos del Oriente, mientras que su instruccion, sus gustos, su caracter, harian de él un diplomático distinguido en una corte de Europa; el señor Laurella, consul de Austria; M. Fannen, consul-general, y M. Abbot, consul especial de Inglaterra en Siria; un joven comerciante frances, M. Humann, cuya sociedad nos ha sido tan util como agradable desde que llegamos aquí; M. Caillé, viagero francés; M. Jorelle, primer dragoman del consulado, mozo criado en Francia, trasladado en su niñez á Oriente, que posee las lenguas de la Turquía y la Arabia como sus lenguas maternas; honrado, activo, inteligente, servicial por instinto; en fin, M. Guys, consul de Francia en Siria, respetable representante de la probidad nacional en estos paises, donde su caracter es venerado por los Arabes, pero recién llegado aquí, y á quien hemos visto mucho menos que á sus cólegas.

Todas estas personas nos dejan excelentes y queridos recuerdos. Sin la carta que recibí ayer, sin mi anciano padre cuya memoria me llama sin cesar á Francia, si tuviera que elegir un des-

tierra para acabar en él mis cansados dias, en el seno de la soledad y de una naturaleza encantada, me quedaria donde estoy.

.....

11 de abril, 1835.

Sali esta mañana á las cuatro con la misma caravana que formé para Damasco; seguimos la orilla del mar hasta el cabo Batrun, sitios que ya he descrito; — hacemos noche en Djebail, en un kan fuera de la ciudad, sobre una eminencia que domina el mar. La ciudad no es notable mas que por una mezquita de arquitectura cristiana, que fué en otro tiempo una iglesia construida verosimilmente por los condes de Trípoli. Se cree que Djebail es el antiguo pais de los Gíblitas, que suministraban al rey Biram las grandes piedras destinadas para la construccion del templo de Salomon. El padre de Adonis tenia allí su palacio, y el culto del hijo era el culto de toda la Siria circunvecina. A la izquierda de la ciudad hay un castillo muy notable por la elegancia y elevacion de sus diferentes planos de fortificacion. — Bajamos á la ciudad por ver el pequeño puerto donde se mecian algunas barcas árabes: la habitan casi esclusivamente los Maronites.